

Especial

— LA ACTUALIDAD, LAS LETRAS, EL ARTE —

LAS MAYORES Y MAS FALSAS ENTREVISTAS

CELIA VIÑAS

Por JUAN BONET

HUBO UNA VEZ UNA CIUDAD QUE SE ENAMORO DE UNA MUCHACHA...

HUBO una vez una ciudad que se enamoró de una muchacha. Hubo una muchacha que, en un momento de su vida, se enamoró de una ciudad.

Ella, la chica se llamaba Celia Viñas Olivella, nació en Lérida y creció en Mallorca. Escribía versos como un ángel sabio, pero tiernísimo. La ciudad se llamaba Almería y tenía un pueblo que, sin saberlo, hablaba en verso e inventaba esos diminutivos que, en muchos lugares entrañables, pone un subrayado a lo cómico y a lo grave, a lo amoroso y a lo indiferente, a la burla y al olvido y hasta a la coña, que es algo que, a veces, va más allá del sarcasmo...

Entre la ciudad y la muchacha el amor no fue una tormenta de verano, ni uno de esos casi idilios, de tren a tren, en los que uno se dice que, a lo mejor, tras aquella ventanilla, viajan y escapan los ojos que nos iban destinados. No. Fue un amor enraizado, profundo, seguro y dramático, es decir, marcado por la muerte, insólita y tremenda, de Celia.

Sí, ella murió demasiado joven, fue casi un escándalo perder aquella moza, que acababa de casarse y publicar uno de sus libros y plantar uno de sus árboles. Celia iba a por el hijo para redondear este mundo suyo, tan plétórico, tan lleno de iniciativas, tan apasionadamente vivido y sentido.

Inolvidable — y tan olvidada, hasta por las historias literarias del país— Celia Viñas, de quien se había enamorado la ciudad de Almería y la quería tan para sí que allá la tiene, con sus canciones y sus flores, ya para siempre. «Toda Almería está de luto», escribiría Gerardo Diego. Ocurrió en el verano del cincuenta y cuatro. Todavía no la olvidaron.

LA VOZ DE CELIA

He buscado en mi recuerdo, de muchos años, la voz de Celia. ¿Cómo era? A veces era un vozarrón a veces era muy aguda. Siempre era convincente. Ella se entregaba a su voz, la molía, la movía, la ponía por delante como un apasionado mensajero suyo. Eugenio d'Ors, que se entusiasmó con Celia, decía: «Su voz sabía a pan, a polvo de carretera, a higo sediento, a uva de piel gorda, alienta de resoles.»

—Celia, ¿qué querías ser tú con esa voz convincente, amorosa, voz-escalera, con subidas y bajadas?

—No me lo vas a creer, pero yo quería ser médico.



—¿Estás segura? ¿Y por qué querías ser médico?

—Por estar cerca de la gente. La gente es apasionante, la gente nunca defrauda si le hablamos al corazón...

—¿Y cómo desviaste tu vocación primera?

—Fue un hombre estupendo el que me convenció de que mi camino era otro. Fue Gabriel Alomar, el profesor de literatura de nuestro bachillerato. Fue él quien me descubrió un mundo nuevo, el mío. ¡Y qué descubrimiento! Quedé deslumbrada...

(Bastantes años después, Celia escribiría versos como éstos: «Me duelen los ojos, — me duele el cabello, — me duele la punta tonta de los dedos» También ella nació para deslumbrar.)
COMERSE EL MUNDO

Era espigada, pero no muy alta. Luego redondearía su figura. Cuando se reía era como comer sandía en verano: estallaba el color, estallaba aquella personalidad que te invadía, que se apropiaba de tí, que te convencía.

(Hay por ahí una generación palmesana que la recuerda de los años de su bachillerato, aquí. Lo acabó en 1933, junto a otras dos muchachas: Luisa Redondo Botella y Magdalena Palmer. En los años treinta, todavía era un enorme «atrevimiento» que alguna chica se sentara, en las aulas, junto a los chicos. Me lo recuerda mi buenísima amiga Magdalena Palmer, hoy profesora de novísimas generaciones en la Escuela de Comercio. Aquí pongo sus palabras de recordación:)

—Celia me tomó bajo su protección. ¿Qué si había que protegerme? ¡Y tanto! Hasta que se rompió el hielo y Celia plantó cara a la hostilidad. El machismo de los crios no nos dejaba medrar. Pero, la arrebatada personalidad y el entusiasmo de Celia hizo el milagro. No íbamos a ser unas pobrecitas Caperucitas, perdidas en el bosque... Íbamos a transformarnos en unos compañeros más... Ella lo consiguió con un par de bofetadas, oportunas, y por lo visto, necesarias.

—¿Cómo era Celia, Magdalena?

—Genial, decidida, entusiasta. Siempre estaba organizando algo. Recuerdo que su padre, que deseaba con ilusión un niño, la llamaba «Bartolo». Era una broña que ella seguía gustosa, pero Celia era enormemente femenina... Se diría que el «Bartolo», tan cariñoso, de su padre la impulsaba a romper con los moldes de mojigatería del clisé femenino de aquellos años... Ella era una adelantada, estaba en lo porvenir, pero, te lo aseguro, sin perder nada de su encanto como mujer, al contrario, era tremendamente femenina.

(He aquí una muestra de como ella se veía en unos versos suyos:

«Hay en mi corazón tanta ternura, que este doble latido de mis pulsos si encontrara el camino de las fuentes para esta sed de siglos fuera vaso, fuera cascada sobre el polvo muerto.»

También podemos volver sobre el recuerdo que ella dejó en Eugenio

d'Ors: «Bárbara y preciosa, inmemorial ya a la orden del día, vena de volcán arrastrando llamas y pedruscos, fenómeno cósmico.»
LA HORA 25, EL AMOR

Con su flamante título de Catedrático de Literatura, obtenido en unas oposiciones, en las que ella saca el número uno, «porque no existía una calificación mejor» —dijo el Presidente del Tribunal—, Celia Viñas se incorporó al Instituto de Almería. Y, en unos pocos años, fue Almería la que se incorporó a ella. Ya se ha dicho. Enseñaba literatura, pero a nada decía que no. Lo mismo daba promocionar la pintura que el ballet, el folklore que la prehistoria o la música... Todo lo que respirase espíritu, cultura o gracia encontraba un eco en Celia, una respuesta.

Desde Almería ella se lanzó a la conquista de Madrid y fueron sonadas sus exposiciones con «Los Indalianos», el grupo que nació a su alrededor, como fueron sonados los actos, conferencias y representaciones, organizadas por ella, en torno, por ejemplo, de Miguel de Cervantes, a quien dedicaría uno de sus estupendos libros.

—Celia, ¿de dónde sacabas tu tiempo?

—¿Qué pregunta, Juan! Todavía me sobraba vida para ir a los toros, comprar churros en las verbenas, largarme a las playas, ir a tertulias musicales, leer a Rilke, y, por supuesto hacer el amor en un banco del parque... Mira, siempre estuve enamorada de la vida, ¡y de qué modo, compañero!

LOS LIBROS

(Y luego, los libros: Con uno de ellos tiene un accésit del Premio Nacional de Literatura. Publicó «Canción tonta en el Sur», «Trigo del corazón», «Estampas de la vida de Cervantes», y escribió alguna novela, puesto que su nombre sonó en una de las convocatorias de los primeros «Nadales...»)

—Celia, ¿cómo iba quedando ésta isla, que era tu tierra, en tu recuerdo?

—Como una belleza fácil, Juan. Estaban mis padres... La filosofía barata y profunda de mi padre, tan del 98, el

(Acaba en tercera página)



CELIA VIÑAS, CON UNA AMIGA EN PALMA, AÑOS TREINTA.

EN ULTIMA PAGINA

CONCURSO DE CUENTOS

el artista por SI MISMO

«BALEARES» - 7 Octubre 1973 - Pág. 35

TERESA FIOLO JANER

HAY palabras y frases que se utilizan abusivamente y, con ello, se llega a lo que se ha dado en llamar, tópico. La palabra "tópico" no es una excepción; también se abusa de ella. Se deduce de todo esto que no debe creerse demasiado en la tal palabreja, sino en la abundancia del mal uso de un elevado número de palabras.

Que nadie se alarme. Mientras deambulas por las calles, has de pensar en alguna cosa. No todo va a ser mirar escaparates, mirar hacia arriba como un "cateto" para ver en donde terminan los edificios o convertirte en un destajista de mirar a las mujeres. No.

CAJA DE SORPRESAS

Les seis menos diez de la tarde. Alegro un poco mi caminar. Entrevistar a una mujer impone respeto; tanto, quizás, como el toro debe imponerle al torero. Es posible que la comparación sea un tanto rudimentaria; valga a pesar de todo.

Teresa Fiol Janer es una caja de sorpresas: Es puntual; no es vanidosa; le gustan las personas sinceras, esas que

«tirán a lo derecho» para decir las cosas y... ¡Señores! Es muy poco habladora. Mediana su estatura, y su edad.

Para iniciar el diálogo y animarla un poco a que hable, le pregunto:

—¿Qué tal se da eso de vender cuadros?

—La pintora no se inmuta.

—No soy partidaria, desde luego, de convertir mi estudio en un almacén de cuadros. Pienso, no obstante, que el cuadro siempre tiene su com-

prador. Entonces, ¿por qué tener prisa en vender? Hay otra razón además. Mi vida no depende de mis ventas, mi esposo es profesor. Es probable que si tuviera que vivir de mi pintura, pensara de otra manera. De todas formas, la premiosidad no es buena para nada.

La pintora se calla. No da impresión de descanso, sino de esperar una nueva pregunta. ESTILO

La pintura de la señora Fiol Janer hay que calificarla de impresionista por su tratamiento y estilo. Eticamente, deja al descubierto un expresionismo que, ciertamente, no es frecuente.

Ella, la pintora, queda un poco sorprendida cuando se lo digo y me dice que nadie le había dicho eso.

—Señora Teresa, ¿me deja que la llame así? El expresionismo, como todo el mundo sabe, es una tendencia pictórica que refleja la ambientación del cuadro, la idea de quien lo ha hecho y comunica al espectador, además, esa idea y esa ambientación.

—Punto y aparte e inciso. Dentro de la temática, hay variación. El concepto es distinto en cada paisaje y sus cuadros de flores están tratados con arreglo a la carnosidad de sus pétalos.

—¿Es así?

—Mire, no me hable de actividades pictóricas. Procuero entendermelas con mis telas cuando me enfrento a ellas e imagino que cada pintor hace lo mismo. Lo que desearía algunas veces es poseer todos los ojos del mundo para luego quedar ciega durante un tiempo determinado, temporalmente. Después, debería empezar la obra de los pinceles de una manera un tanto circense, ¿me entiende? Afortunadamente, quizás, no vivimos esta época. Hoy, por lo general, el pintor más que imaginativo, es analítico. Resulta que basta con las observaciones, con las vivencias y, prácticamente, se prescindir de la Naturaleza. Para concretar

más, se parte de lo subjetivo y, salvo excepciones, todo se queda en subjetivo. Sí, ya sabemos que la Naturaleza es sugerente, pero si nos alejamos de ella, si prescindimos de ella...

PINTURA ACTUAL

—¿Entonces no cree en la pintura actual?

—No saquemos las cosas de quicio. Yo corto mis flores y las coloco en un jarrón. Sus pétalos no son igual de carnosos, sus tallos no son igual de consistentes, por tanto, no se marchitan de igual manera; si lo prefiere, no se arrugan de la misma forma.

La pintora y yo, nos damos un paseo por sus cuadros. Están bastante trabajados, la materia, tratada con minuciosidad femenina pero virilmente; bien sopesados los volúmenes.

—¿Qué diferencia existe entre un pintor de hoy y uno de hace cien años?

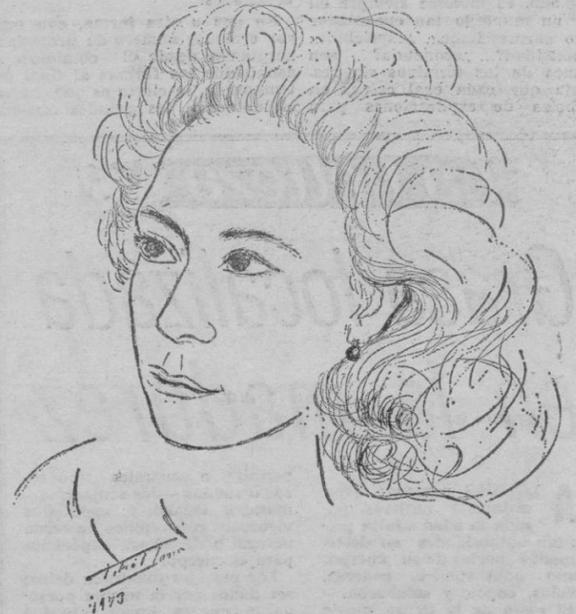
—El artista suele ser una persona preocupada por cuantos problemas le rodean. Las diferencias lógicas, entonces, son de ambientación. Bajo mi punto de vista, ellos cuidaban más la materia, pues, daban capital importancia a la estética. Hoy, en cambio, todo se supedita al concepto, lo demás es accesorio. Y entiendo que ha de ser así. Si todo gira alrededor de la idea, ésta es la primera, el resto son cosas secundarias.

MISION

—Es evidente, entonces, que la pintura cumple una misión social importante.

—Sin duda alguna. Pero no confundamos; una misión social, no docente. El pintor, al realizar y exponer su obra ya cumple su misión. Lo que se pueda aprender no depende ni del pintor ni de la obra en sí; esto queda supeditado al grado de comprensión de la persona que mire la obra.

(Suena el teléfono. La pintora se disculpa por la interrupción. A medida que transcurre la conversación, Teresa Fiol Janer, se va aplomando.



Su hablar es mucho más reposado).

—¿En qué consiste ser buen pintor?

La señora Fiol Janer, no puede evitar el que se le escape una sonrisa.

—El pintor ha de saber fundamentalmente dos cosas: Primera: Que ni la Naturaleza ni la idea, tienen límites reconocidos, mientras que el cuadro está sujeto a unas dimensiones, todos lo variable que se quiera, pero, en definitiva, centímetros o metros reconocidos y medidos. La segunda cosa importante que se debe saber es, cuándo un cuadro no admite ni una pincelada más.

—Teresa, una última pregunta. ¿Qué es lo ideal en arte?

—Cada cuadro distinto, sería ideal. Ello significaría una renovación constante en el artista y una riqueza inmensa li-

mitada, tan solo, por el tiempo. Una utopía, ¿verdad?

LA «OTRA» REALIDAD...

Inmerso de nuevo en la aplastante realidad de la vida, con quien primero tropiezo es con un grupo de jovencitas.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

—Veamos, ¿queréis hacerme un favor?

—Vd. dirá.

Decir un apalabra, la primera que se os ocurra.

—Amor, dice una.

Doy media vuelta, cierro los ojos y comienzo a caminar y a tropezar con las gentes.

—¿En qué va pensando!

—Tenga cuidado, ¡imbécil!

—¿Te digo yo, que hay cada tiparraco por ahí!

—¿A ver si mira por donde va!

—Abro los ojos. Ya no tropiezo con las gentes y en voz alta digo: ¡Amor!... ¿Amor?... HERACLIO LOPEZ BONILLA



LAS MAYORES Y MAS FALSAS ENTREVISTAS

(Viene de la primera página)

jardín de mi madre con un limonero, una higuera seca, el banco de azulejos... Era un jardín en diminutivo, pero mi madre estaba loca con él y lo llenaba de flores extrañas que le enviaban amigos de Barcelona: la flor-pájaro y la flor-nube. También tenía rosales y geráneos, una mata de heliotropo, ah, y los palomos, arrullándose! Desde mi ajetreo de Almería, Mallorca era mecerse en lo feliz y tranquilo, fijado como para siempre en la casa de mis padres.

—¿Qué buscabas expresar en la «Canción tonta en el Sur»?

—Creo que buscaba lo mismo que tú al escribir «Els nins»... Volver a oírme a mi misma de criatura, volver a mi lengua de trapo: «Ha venido la cigüeña, — tengo — una hermana nueva — y es tan tonta y tan chiquita — que no sabe ni sabrá — donde están las zapatillas — ni la pipa de papá. — La cigüeña bien podría — traerme una hermana nueva — lista.»

—Dime más versos tuyos, Celia, me gusta oírte los, aunque tu voz no sea la de trapo que querías volver a recordar.

—No sé si me acordaré...

—Anda, sí.

—Escucha: «Uno, dos, tres, — uno, dos, tres — otra vez — los palos del telégrafo — junto a mi tren. Uno, dos, tres, — uno, dos, tres, — ¡Cómo me gusta irme — para volver! — Telegramas azules — pondré después. — Norte, Sur, Este, Oeste, — uno, dos, tres. — He lle-

gado. — Ya vuelvo — Te vengo a ver. — No me esperes. — Mañana te abrazaré. — Uno, dos, tres, — uno, dos, tres, — los palos del telégrafo — junto a mi tren».

(Fue bilingüe. El filólogo Sanchis Guarner, en su antología, publicada en 1951, «Els poetes insulars de postguerra», cierra el libro con un manojito de poemas de Celia, en mallorquín. He aquí el titulado «L'aire d'espases»:

«L'aire-amor, l'aire-foc,
l'aire d'espases, ai, l'aire, l'airet
i aquesta lluita de les besades...

L'aire guerrer, amor ferit,
L'aire foc, cendra, amor,
cendres amargues
que s'alcen de puntetes.

On és el sol. Amunt, amunt, ja flama
iflameja l'aire de la galta encesa...

Es mor, es mor, l'aire de la galta.
La sang és foc
i sols pot cremar l'aire, l'aire d'espases...»

—Celia, vuelve a tus comienzos, vuelve a tu «prehistoria». ¿Te acuerdas de tus poemas de entonces?

—Yo no he olvidado nada, Juan. Hasta recuerdo que tu hija, Mimar, un día que andaba entre gallinas y patos e iba cogida de mi mano, inventando la eterna visión poética de los niños, fue y me preguntó si los ángeles «tenían

bec»... ¿Qué poema, compañero!

—De tus versos de entonces, dime otros. Me gustará oírte los con tu propia voz, ronca de tanto hablar a los jóvenes...

—Te diré unos, que titulé «Araetla» y que dediqué a «En Pep» Llompart. Escucha: «Al llágrima clausurada — de la lluna feta mel, — degotís d'aquest blacel — del àngels dolça ditada. — A la branca desfressada — de mora de Molleria, — cop de pedra, ai alegría — de mossagades de llet, — entre les dents s'ha desfet — l'hora de l'Ave-Maria»... Juan, ¿por qué me haces volver tan hacia atrás en el reloj del tiempo?

—Celia te lo diré: te seguimos recordando, no te hemos olvidado. Aquí tienes viejos amigos y siempre habrá, aquí o allá, un chico que abrirá un libro tuyo, y tus versos le sabrán a tí, y buscará tus pisadas en la tierra... Dime, para terminar: Entre todas tus infinitas posibilidades, tu verdadera vocación, Celia, ¿cuál fue, realmente?

—Maestra, maestra, es decir, madre, madre de mis alumnos. Yo los quería así, tal como te lo digo.

(Recuerdo su boda, en Palma, con Arturo Medina, un guapo mozo. Celia estaba exaltante de alegría contagiosa. Pasó no se qué, algo poco ortodoxo y una buena señora, de las que hacen siempre «lo que toca hacer», se lo reprochó. Celia, rápida, le replicó con una amplia sonrisa:

—Hay que perdonarme los barullos que organizo... Es la primera vez que

me caso y no tengo experiencia. La próxima vez, prometo hacerlo mejor.)

Murió muy joven. Su nombre quedó en el alto del Instituto Nacional de Almería. El día de su entierro — en junio de 1954 — espontáneamente, cerró el comercio, y, hasta se suspendió, de una manera también espontánea, un importante partido de fútbol, anunciado para aquel día en la ciudad. ¿Imaginan cómo sentía la ciudad a Celia? Todo aquel luto popular era porque había muerto un poeta, una mujer que escribía, un Catedrático de Literatura, una inolvidable muchacha llamada Celia Viñas.



FUENTES

PARA ESTA IMPOSIBLE ENTREVISTA CON CELIA VINAS OLIVELLA SE HAN UTILIZADO: LOS RECUERDOS DE SU COMPAÑERA MAGDALENA PALMER; EL AUTOR TAMBIEN HA DISPUESTO DE ALGUNAS CARTAS Y DE LA «MEMORIA-TESIS», DE LA MENCIONADA PROFESORA PALMER; «ELS POETES INSULARS DE POSTGUERRA», ANTOLOGIA DE M. SANCHIS GUARNER, E. MOLL, 1951; «CANCION TONTA EN EL SUR», POR CELIA VINAS, ALMERIA 1948; «TRIGO DEL CORAZON», POR C. VIÑAS, ALMERIA, 1946 Y «VIDA Y OBPA DE CELIA VINAS OLIVELLA», POR DIEGO ANTONIO CASANOVA, CON UN PROLOGO DE GERARDO DIEGO, MADRID, 1955. SIN ESTAS FUENTES, HUBIERA RESULTADO INUTIL ESTE ACERCAMIENTO A LA SINGULAR FIGURA AQUI ENTREVISTA.